

©editorial BNEI SHOLEM



PENSAMIENTOS
PARA ESCUCHAR
CON EL CORAZÓN

*Sobre la inspiración
y la vida judías*

SARA KARMELY



©editorial BNEI SHOLEM

Título del Original en Inglés
Thoughts to Hear with Your Heart

Unico autorizado para la distribución y comercialización
en español Editorial Bnei Sholem

©COPYRIGHT 2008

Todos los derechos reservados. No pueden reproducirse en forma alguna, partes de este libro, ni tampoco almacenarse o recuperarse información, en forma total o parcial en cualquier idioma (con excepción de citas breves en artículos de crítica o análisis), sin el consentimiento escrito del editor.

Se aplicarán estrictamente los derechos de autor.



EDITORIAL BNEI SHOLEM

Jean Jaures 737

Buenos Aires ARGENTINA

tel: 54 4961 8338 / linea USA 1718-618-4158

Whatsapp +549 11 5111 2925

editorial@bneisholem.com.ar /

editorialbneisholem@gmail.com

www.bneisholem.com.ar

ISBN: 978-987-1380-23-7

IMPRESO EN ARGENTINA
PRINTED IN ARGENTINA

Karmely, Sara. Pensamientos para escuchar con el corazón. - 1a ed. - Buenos Aires : Bnei Sholem, 2008. v. 1, 272 p. ; 13x21 cm. 1. Judaísmo. I. Trad. II. Título CDD 29

Queda hecho el depósito que marca la ley 11.723



ÍNDICE

Agradecimientos	vii
Prefacio	xi
Prólogo	xiii
Prefacio a la edición castellana	xx

1. Sobre el Matrimonio

Mi Rebe, el conciliador	1
Palabras para escuchar con el corazón	9
El redescubrimiento de los valores ancestrales	13
Con sensibilidad para todos	16
Desesperación y renovación	20
Él hablaba en el idioma de ella	23

2. Sobre las Coincidencias

"Coincidencia"	25
Rosie en el tren	27
El misterio de la libreta de direcciones perdida	30
Todo es para bien.....	35
Una vecina "casual"	39
La "coincidencia" de un nombre	41
laakov y la mitzvá del cumplimiento del cashrut	44
Un mecánico judío	47

3. *Sobre el Espíritu*

Las personas muy santas pueden señalar el camino	49
El ascenso del maestro jasídico	51
La boda de Ester	58
El viaje a Israel	61
Justo a tiempo.....	63
El optimismo y la fe simple	67
Benditamente desaparecido	70
La pérdida de todo... ..	73
... Y la ganancia de todo.....	77
Actos de benevolencia.....	80
Sencillamente como eres	84

4. *Sobre el Compromiso*

A veces Di-s tiene que llamar nuestra atención	97
"¿Quién es Devora Lea?"	105
A la luz de la vela	109

5. *Sobre la Fertilidad*

"Él quiere escuchar sus plegarias"	113
El bebé de Batia	115
¡Déjaselo a la abuela!	118
Los hijos de Israela	120
Sección fotográfica	123

6. *Sobre Pedir*

¿Pero cómo pido? ¿Hay una manera correcta?	129
Una lección de mi propia vida	132
El modo de "Fay"	133

7. *Sobre la Familia*

Pequeñas orejas y grandes bocas	135
Baba	139

8. *Sobre el Camino*

Grandes progresos en Gran Bretaña	147
Tiempos "del corazón" en la costa oeste	153
Observar el Shabat en Canadá	156

9. *Sobre la Acción*

Shelijut: el mundo del activista de Jabad.....	159
La libertad de Shmuel	165
"¡Ahora mismo!"	168
No más "anti"	169
La senda de Ronen	172
La mitzvá de la sopa no casher	176
El lulav y el etrog de mil ochocientos dólares	180
Sheldon	183
Fuera de Irán	189
Cambiando el mundo judío	194
Cambiando el resto del mundo	198

10. *Sobre las Mitzvot*

Las ansias de encontrar un sentido	205
La futura novia	209
El varón llegó tarde.....	213
Una cuestión de confianza	214
¿Cuánto Shabat?	217
¿Qué? ¿Qué ha dicho?	220

11. Sobre la Inspiración

La plegaria iguala a la gratificación	
inmediata... ¿Exacto?	223
La historia de lojeved	225
lael Sara sigue adelante	233
“Aquí. Tómela con mi bendición”	238
Complacencia inmediata	241
El Cielo en la Tierra Santa	245

PREFACIO

Una buena relación con los padres provee de una sensación de seguridad. Una buena relación con los maestros promueve la confianza en las aptitudes personales. Una buena relación con el cónyuge cultiva una sensación de pertenencia; con los compañeros de trabajo, una sensación de logro; con los hijos, una sensación de realización. Sara Karmely tiene una relación con el Rebe de Lubavitch, de bendita memoria. Aquello no solo la abastece de todos los beneficios mencionados previamente, sino que engendra también un sentido de misión: una misión trascendente.

Ella encontró en el Rebe un modelo de compromiso altruista para cambiar el mundo: una persona a la vez, todo el tiempo. La pasión del Rebe se convirtió en la de ella y el Rebe la llamó "mi socia" en su santa obra.

Los conmovedores capítulos y relatos de su libro describen los momentos en que experimentó una sensación de logro, sentimientos de realización, seguridad y confianza. Describe también una sensación de pertenencia. Pero un verdadero estudiante adquiere algo del estilo del maestro, algo de su poder. Siendo así, la Sra. Karmely representa el estilo del Rebe con la mayor lealtad; su intuición es para sus oyentes y lectores un reflejo certero de algo del Rebe mismo.



Siempre que se dirige a algún grupo u aconseja a algún individuo sus palabras son efectivas, su entusiasmo contagioso, su compromiso convincente, y por medio de ella muchos de los que nunca conocieron al Rebe sienten una conexión tal como si también ellos hubieran sido tocados por él.

A medida que avances en tu lectura, es posible que empieces a sentir envidia de aquella conexión con el Rebe y admires el compromiso de ella con la santa obra de Tikún Olam, mejorar el mundo de a una persona a la vez, todo el tiempo.

Si el ejemplo de ella nos incita a dedicar al menos parte de nuestro día o semana a la misión de nuestra generación de mejorar el mundo, como es descrito por el Rebe; si nos preguntamos a nosotros mismos “qué he hecho para mejorar el mundo”; si vamos al Ohel (sepulcro) del Rebe y nos comprometemos con sus enseñanzas y obras: aquella sería la recompensa de la Sra. Karmely, su triunfo. Si nos volvemos mejores personas, aquello también sería la recompensa y el triunfo del Rebe. Después de todo, ellos son “socios”, ¿no es así?

Rabino Manis Friedman

PRÓLOGO

Al escuchar los relatos de la gente, hay algo que me ha quedado claro: no hay historia que alguna vez comience. Dondequiera que empieces a contarla, está precedida por personas, eventos y situaciones que han montado el escenario para los eventos subsiguientes. Siendo así, a no ser que el lector tenga conocimiento de parte del trasfondo, el relato en cuestión –sea cual fuere– tendrá poco significado. Para decirlo con mayor sencillez: sin importar dónde decidas iniciar tu relato, tus oyentes –en cierto grado– se unirán a la acción justo en el medio.

Tomando aquella idea a un extremo lógico, considerando las historias de nuestros padres y las de los padres de ellos, queda claro que todas las historias comienzan con Adam y Javá –nuestros primeros padres– y, en última instancia, con Di-s, Creador del Universo. Esencialmente, todas nuestras historias comienzan con Di-s, ya sea que estemos al tanto de ello o no.

El Baal Shem Tov, el ilustre fundador del movimiento jasídico, empleaba los relatos para enseñar profundas y catalizadoras lecciones acerca de Di-s. Y, claramente, mi propia historia empezó con Él; a pesar de que, lo aseguro, es algo de lo que no me había dado cuenta hasta ahora. En aquel entonces era inconsciente de ello.



Trazo mi ascendencia a una familia de judíos de Mas-hhad, Irán, pero crecí en Stamford Hill, Londres, muy cerca del corazón de la comunidad judía ortodoxa de Inglaterra. Nuestra familia era tradicional. Observábamos un estricto cashrut, encendíamos las velas de Shabat y mi padre llevaba sombrero y kipá, pero la vida era un tanto superficial: conductas a modo de rutina que carecían de una verdadera sensación de alegría, placer y conexión personal. Solo ahora, en retrospectiva, me doy cuenta de que aquello faltaba porque he experimentado el poder que tienen las enseñanzas jasídicas para producir una acción inspirada y apasionada.

En 1965 cumplí dieciocho años y me casé con Benjamin Karmely. Nos trasladamos a Milán, Italia, donde pronto tuve tres hijos y nos asentamos en una vida judía más bien normal, moderna desde el punto de vista cultural pero, no obstante, judía tradicional. Durante trece años, tuve todo lo que toda mujer pudiera desear: un marido amoroso que nos sostenía muy generosamente; tres hijos sanos que eran la luz de mi vida; un hogar encantador, amigos, buena salud... todo.

Pero durante todo ese tiempo, durante toda mi vida, había algo que faltaba. Si me lo hubieran preguntado entonces, no habría sabido responder de qué se trataba. No obstante, era algo que se hallaba presente, sabía que lo estaba. Se sentía como un núcleo vacío por dentro que yo intentaba incesantemente de llenar con innumerables pensamientos de "tan pronto como" del tipo: "Tan pronto como termine la escuela, todo será perfecto". Y luego: "Tan pronto como me case me sentiré completa". Y después: "Tan pronto como tengamos hijos, todo será real-

mente perfecto". Sin embargo, allí me encontraba, con todo, y había no obstante algo que faltaba.

Para entonces, al igual que ahora, Benjamin viajaba mucho por negocios. Un día lo fui a buscar al aeropuerto después de un viaje a Tailandia. Aun a la distancia puede notar que había algo que andaba mal. Estaba rengueando; se veía enfermo, pálido y demacrado y era evidente que se sentía adolorido. A pesar de que insistía en que se encontraba bien, no pudo engañarme.

Había algo que estaba muy mal.

Para la mañana siguiente ya no había duda: se despertó con un dolor atroz y todo su cuerpo se hallaba en un estado de espasmo. No podía caminar ni mover las piernas, y hasta su habla se veía afectada. Fuimos corriendo al médico y Benjamin fue hospitalizado de inmediato, a pesar del manifiesto hecho de que nadie sabía cuál era exactamente el problema. Durante los días siguientes pasó por un estudio tras otro, pero nada demostraba ser concluyente. Entretanto, empeoraba cada vez más. Por momentos quedaba parcialmente paralizado; se encontraba constantemente en un severo dolor. Ni siquiera podía salir de la cama. Varias veces al día iba yo al hospital para llevarle comida casher, la cual comíamos con regularidad. En aquel momento parecía algo especialmente importante, pero cuando observaba su continuo deterioro la esperanza se iba apagando. Los días se convirtieron en semanas. Cuando los dolorosos exámenes de médula ósea no pudieron indicar una causa comencé a perder la esperanza. El peor día sobrevino cerca de un mes después de la hospitalización. Al llegar al hospital un poco antes que de costumbre, me topé con que mi usual-



mente estoico marido se encontraba abatido por las lágrimas.

El hecho de verlo tan angustiado borró lo que quedaba de mis propias defensas. Me dirigí a los médicos, convencida de que estaban ocultando información, y exigí que me dijeran cuál era el problema: “No lo sabemos –insistían–. No tenemos idea de qué puede ser”. Y, dado que no conocían la causa, no tenían una clara indicación de qué tratamiento iniciar. “Precisamos más exámenes”, decían una y otra vez. “¿Cuánto tiempo llevará?”, pregunté como atontada. Los médicos se encogieron de hombros. “No lo sabemos. Tal vez en unos meses las cosas mejoren”.

¿Meses? El sombrío pronóstico me dejó atónita. No, era más que eso: me sentía deprimida, frustrada y totalmente perdida. Mi esposo era nuestro fuerte protector, quien siempre sabía lo que hacer. Pero estando él tan enfermo me sentía sola y aterrorizada. No sabía qué hacer ni adónde dirigirme. Aquel día, regresé del hospital exhausta. Cuando estaba entrando a mi casa estaba sonando el teléfono.

Se trataba de mi acostumbrado llamado semanal del rabino Moshé Lazar, un rabino de Jabad de Milán que se había vuelto un buen amigo. “¿Cómo está su marido?”, quería saber. No pude responderle. Lo único que podía hacer era llorar.

Entonces salió de la nada, como un solitario rayo de sol que atraviesa una densa y oscura nube de lluvia. El rabino Lazar tendió un destello de esperanza en el que yo no había pensado antes. “¿Por qué no pide una bendición del Rebe?”, preguntó. “El Rebe” era el célebre Rebe de Luba-

vitch, el rabino Menajem Mendel Schneerson, del departamento de Crown Heights de Brooklyn, Nueva York. Yo nunca lo había visto, pero había oído historias. Todos lo habían hecho. Se decía que el Rebe era un hombre santo y piadoso capaz de hacer cosas ultramundanas. “Por qué no”, pensé. Para ese entonces me encontraba desesperada y, además, aquello no podría suponer daño alguno.

Le di al rabino Lazar el nombre de mi esposo y el de su madre para que se pudiera decir la bendición apropiada, y me dijo que aquella misma noche llamaría a Nueva York. Se lo agradecí y cortamos.

Me sentía agradecida por la ayuda. Habiendo pensado que mis opciones se habían agotado por completo, el hecho de hacer algo, lo que fuera, me dio una ligera sensación de paz. A decir verdad, no puedo decir que haya cortado el teléfono rebosante de seguridad de que seríamos los beneficiarios de alguna clase de milagro. Pero muy dentro de mí había una pequeña chispa a la que trataba de aferrarme intensamente.

A la mañana siguiente, en busca de alguna compañía y apoyo moral para un día que esperaba sería agotador, invité a mi suegro a ir conmigo al hospital. Cuando ingresábamos, recordé la bendición que el rabino Lazar había dicho que solicitaría, pero decidí no mencionarle nada a mi suegro. No tenía sentido que ambos cayéramos en la desilusión. Salimos del elevador en el tercer piso y miré fijamente por el corredor hacia la puerta de la habitación de mi esposo.

¿Es posible imaginar nuestro impacto cuando vimos a mi previamente paralizado marido caminar hacia nosotros, sin muletas?



Una vez más, todo lo que yo podía hacer era llorar: de hecho, todos lo hicimos. Lo mejor que pude, entre sollozos, conté la historia del llamado del rabino Lazar de la noche anterior y la petición de una bendición del Rebe de Lubavitch. Y ahora... ¡miren!

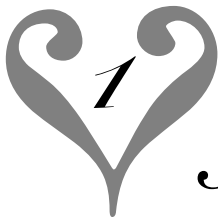
No había, por supuesto, por parte de los médicos, ninguna explicación científica de cuál había sido el problema o qué era lo que lo había sanado. Sencillamente no lo sabían. Y tampoco hubo nunca ninguna explicación clara, en mi mente, de todos los porqués que había acumulado. ¿Por qué nosotros? ¿Por qué mi marido? ¿Por qué había sido él el elegido para la aflicción? ¿Y luego para la cura milagrosa?

“No presumimos conocer las respuestas a aquellas preguntas. Di-s tiene Su plan –dijo el rabino Lazar–. Pero –nos recordó– hay algo que sí sabemos: todo lo que nos sucede es para bien. Di-s emplea Sus propios medios y recursos –incluyendo aflicciones, sanaciones o la falta de curación– para nuestro propio bien”.

Mi esposo ya había llegado a aquella conclusión. Cuando volvió a casa, me contó de los días y noches en el hospital que había pasado adolorido, sin poder caminar, incierto de su futuro. “Sin duda he aprendido algo –dijo–. Hay más en la vida que tan solo los negocios y el placer”.

Sin duda aquello era verdad. Y, evidentemente, todo había resultado “para bien”. Pero para entonces ninguno de nosotros, en aquel momento, sabía del pleno impacto que tendrían la enfermedad y recuperación de Benjamin. Di-s tenía aún más planes para nosotros.

Esta es la historia de mis comienzos. Es el relato de cómo empezó mi asociación con el Rebe, con Jabad y



Sobre el Matrimonio

MI REBE, EL CONCILIADOR

*D*espués de experimentar la bendición de la sanación de mi marido, sería agradable poder escribir que de entonces en adelante todo se desarrolló a la perfección: que mi esposo y yo pasamos a llevar vidas de júbilo, realización y crecimiento espiritual; que ambos asumimos un estilo de vida más observante con tranquilidad y confianza; y que cabalgamos hacia el horizonte en medio de días de paz...

Pero el mundo que Di-s ha creado no es una película con algún guión, y no es ese el modo en que usualmente funcionan las cosas. Todos experimentan problemas, conflictos, dolor y desilusión. Sería erróneo pensar lo contrario. No obstante, es también un error creer que tú eres el único que está luchando. Todos tenemos desafíos, una y otra vez, sean visibles o no. De hecho, se dice que por más que nuestras pruebas y desafíos sean difíciles, son una expresión del afecto y cuidado de Di-s, en el sentido de que nos ayudan a crecer y realizarnos. Considera a un padre que disciplina a su hijo por el beneficio final del



niño, a pesar del malestar a corto plazo (para ambos).

En todo caso, nuestra increíble experiencia de enfermedad y sanación fue rápidamente seguida de una prueba espiritual muy seria que podría haber tenido efectos permanentes y desastrosos. Hoy en día, sé que todo obstáculo que enfrentamos en la vida sirve para elevarnos. Pero para ese entonces, cuando surgieron las dificultades Benjamin y yo apenas teníamos tiempo para regodearnos en el resplandor de una nueva relación con Di-s.

¿Cuál era el problema? A decir verdad, uno muy frecuente. Las personas casadas, cuando se encuentran inspiradas espiritualmente y comienzan a observar más leyes y costumbres judías, a menudo se topan con tensiones si no progresan al mismo paso. Es posible que uno de los cónyuges esté totalmente dispuesto, para el mediodía del martes, a aceptar todas las mitzvot con todas sus ramificaciones, sin ninguna consideración mayor. El otro pudiera necesitar de algo más de tiempo: a veces meses o incluso años para pensar, planificar, reconocer y comprender cada paso hacia adelante, para asimilar las mitzvot de a poco.

La disparidad en el progreso espiritual es difícilmente impredecible. No hay dos personas que crezcan exactamente al mismo paso en casi nada. Imagina una pareja que disfruta de dar una caminata informal juntos para el relax y el placer. Considera la tensión que se produciría si uno de los cónyuges se entusiasmara con tomar aquella "placentera" caminata detrás de una blanca pelotita de golf en tanto que el otro la disfrutara solo ocasionalmente: imagina el conflicto. Probablemente sus momentos de ocio se reorganizarían en torno a los horarios para



jugar al golf; su vida social y elección de amistades cambiaría; el trabajo, la religión, la escuela y las actividades de los niños podrían interrumpirse por la necesidad de jugar.

Pero empezar a jugar al golf es una interrupción menor comparada con la que mi esposo y yo estábamos a punto de enfrentar cuando aceptamos las vastas implicaciones de la enfermedad y sanación de él.

No hay duda de que la experiencia nos había colocado a ambos en una nueva senda. Nos sentimos inspirados por el milagro y su revelación de algo más allá del orden natural y lógico. Di-s, la espiritualidad y la religión impregnaron nuestras conversaciones, y nos propusimos juntos ser más observantes. Hay algo que me quedó claro: volverse un judío observante es una actividad sumamente adictiva. La Torá nos dice que la recompensa de llevar a cabo una mitzvá es otra mitzvá; cuanto más cumples, más quieres cumplir. Y, en cuanto a vivir una vida judía, literalmente no hay fin a las oportunidades de llevar a cabo cada vez más mitzvot. El estilo de vida de un judío observante infunde cada día de significación espiritual. No solo se encuentra el calendario diario salpicado de la plegaria y la adoración por la mañana, la tarde, la noche y a la hora de acostarse, sino que cualquier otro acto –comer, vestirse, bañarse, arreglarse, el empleo de los momentos de ocio, las disposiciones para dormir y hasta la intimidad– está sujeto a un cuerpo de leyes judías totalmente abarcador que instruyen cuándo, cómo y bajo qué condiciones han de llevarse a cabo las actividades cotidianas.

Volvamos a nuestra pareja. ¿Qué sucede si uno de los



cónyuges no está dispuesto a avanzar hacia la observancia total tan rápido como el otro? ¿Qué ocurre si uno dice “estoy preparado en este preciso momento” y el otro piensa: “¿No podemos tomárnoslo un poco más lento?”. Es algo complicado cuando la esposa progresa más rápido que su marido, y lo es aun más cuando es el hombre el que progresa a un ritmo más veloz. Tomemos por ejemplo el hecho de celebrar la miríada de festividades judías. Se produce una enorme tensión en el matrimonio cuando se las practica a todas y se las adopta rápidamente. Añadamos a eso el hecho de que la esposa está ahora vistiéndose y actuando de manera diferente, modifica el grupo de amigos de la pareja –debido a hábitos de cashrut o nuevos intereses– y actividades que solían ser tan sencillas, como ir al cine, se ven ahora en una luz diferente.

Cambia la dinámica de toda la relación. Marido y esposa asumen papeles nuevos y poco habituales a medida que exploran nuevos territorios. Es fácil ver cómo un marido –aun un hombre que desee ser más observante– puede tener problemas si los cambios se producen demasiado abruptamente o sin su completa comprensión y consentimiento. Aquel era el problema que mi amado esposo y yo nos encontramos enfrentando.

En un primer momento accedimos a observar el Shabat plenamente, lo cual supuso una modificación importante. Significaba que en aquel día ya no haríamos trabajos “creadores”: cocinar, conducir o viajar, quehaceres o incluso actividades recreativas como juegos de pelota o jardinería. El séptimo día descansamos del trabajo “creador” en observancia del séptimo día en el cual Di-s Mismo descansó después de crear el universo. Los sábados eran



diferentes, reemplazados por encantadoras caminatas a la sinagoga, un ligero almuerzo allí después del servicio de tres horas, y pasando el resto del día en compañía de amigos y familia. Apartarse del bullicio y el ajetreado trabajo de la semana nos permitía estar más conscientes de Di-s y disfrutar del mayor sentido de cercanía singular a aquel día. Pero acceder a este cambio fue algo relativamente fácil.

También concordamos en elevar el nivel de observancia de las leyes del cashrut. Nuestra cocina ya era casher, pero entonces fue elevada a un nivel superior de conformidad con los requerimientos de la completa separación de productos cárneos y lácteos (incluyendo tres juegos de vajilla y utensilios de cocina y otras innumerables manifestaciones menores que pueden ser tanto desconcertantes como frustrantes cuando se comienza). Aquello no supuso ningún problema, ya que siempre habíamos cumplido con estas leyes, aunque en un nivel menos intenso.

De modo similar –y esto fue algo que particularmente me encantó–, finalmente accedió a ampliar nuestra ya existente observancia de las leyes de la Pureza Familiar, que suponen que el marido y la esposa se abstengan de tener intimidad (o siquiera tocarse) durante el período menstrual de la mujer y durante siete días a partir de entonces. La Pureza Familiar puede ser un gran punto de controversia para una pareja que se está volviendo más observante. Por razones obvias, si la pareja no guarda un perfecto acuerdo en este tema puede haber serios problemas en la relación.

Aquellas mitzvot no suponían para nosotros una fuen-



te de controversia. Eran algunas de las mitzvot restantes las que nos causaron problemas (como por ejemplo el hecho de que yo usara peluca). A una mujer casada se le exige ocultar el cabello de todas las personas salvo del marido. Algunas llevan sombreros, pañuelos u otros tipos de coberturas para el cabello, pero muchas usan pelucas (pelucas muy atractivas, en la mayor parte de los casos, pero no obstante pelucas).

Yo quería de repente todas las mitzvot: incluyendo la peluca. Algunos maridos le ponen objeciones. El mío era uno de ellos. Puso objeciones. Lo hizo con seriedad. La Paz Doméstica, otra mitzvá, se vio obviamente afectada por la disputa.

En mi mente, lo único que deseaba era cumplir con todo, y aquello incluía llevar peluca. Para mí se trababa de algo sencillo. Se trataba de un requerimiento establecido por Di-s que ayuda a asegurar la modestia apropiada entre las mujeres judías. No comprendía las objeciones de mi marido. ¿Acaso no podía ver que aquella era una mitzvá que se me exigía cumplir? ¿Cómo podía no estar de acuerdo?

En nuestro hogar había conflictos. Una vez más, me dirigí al Rebe, quien nos había iniciado en este viaje al participar en la sanación de mi marido. Ahora necesitábamos de su ayuda para movernos hacia adelante. Escribí y entregué una carta larga y detallada, completamente segura de que el Rebe diría: "¡Por supuesto que debe seguir la ley y llevar peluca sin importar lo que diga su marido!".

Tenía yo mucho que aprender del Rebe.

En lugar de instarme a seguir adelante y tomar "mi



lado”, por así decirlo, la carta me animó a tener paciencia, a ejecutar tantas mitzvot como fuera capaz de hacerlo pero, por encima de todo, mantener la paz en nuestro hogar. El Rebe me estaba diciendo –y repitió este mensaje en muchas otras ocasiones– que en este caso mantener la Paz Doméstica era algo que tenía precedencia; no obstante seguí luchando.

Un día ya no pude más. “Voy a llevar peluca –pensé–. ¡Di-s me ha ordenado hacerlo, y tengo que cumplir esta mitzvá!”. Decidí seguir adelante, comprar una peluca, ponérmela y que todos se adaptaran. Todo el que pusiera objeciones tendría sencillamente que aceptar mi nuevo yo.

Le escribí al Rebe para informarle de mi decisión: “He decidido que voy a comprar y llevar una peluca. Tanto mis amistades como diversos rabinos me han animado a hacerlo, y seguiré adelante. No veo razón alguna para seguir esperando. Estoy segura de que usted está de acuerdo en que un judío debe cumplir todas las mitzvot, y pido su bendición al comenzar a cumplir con esta”.

Parecía algo extraño cuando no recibí una pronta respuesta del Rebe como me había acostumbrado a hacerlo. Hasta ese entonces, el Rebe siempre me había respondido muy rápido, y había llegado a depender en gran manera de su consejo y sugerencias. ¿Por qué no me respondería en este asunto? ¿Por qué no había bendición alguna para mi acrecentamiento de la observancia? ¿Cuál podría ser el problema? Esperé ansiosamente durante dos días.

Finalmente, llegó mi respuesta en el correo, una enigmática contestación de una sola oración: “¿Qué le dirá a



su marido cuando le pregunte cuál es la razón de este cambio?”, preguntó el Rebe.

Entonces comprendí.

La mitzvá de mantener la Paz Doméstica llamaba por una paz entre mi marido y yo en la cual pudiéramos crecer juntos, y eso era más importante que avanzar por mi cuenta. En aquel momento, el Rebe estaba más interesado en el éxito de nuestro matrimonio que en mi observancia de una mitzvá específica que produjera tensiones. Estaba diciéndome, una vez más, que fuera paciente. Y estaba, por supuesto, absolutamente en lo cierto.

Hubo muchos momentos de conflicto en nuestro matrimonio (¿qué pareja no los tiene?). Pero estaba aprendiendo una nueva perspectiva. El Rebe me enseñó y arraigó en mí un principio muy importante: el matrimonio fue instituido por Di-s para unir un alma y dos cuerpos. La Torá no ve a una pareja como dos criaturas separadas, varón y mujer. Más bien, se ve a una pareja casada como un ser plenamente completo, una sola unidad con un componente masculino y otro femenino. Es mucho más importante que la unidad sobreviva intacta a que se auto-destruya para que una de las partes pueda perfeccionarse a sí misma.

Tenía que aprender esta importantísima lección por medio de la experiencia. Pero ese es el propósito de los relatos, por supuesto: aprender de la vida de otros y aplicar lo aprendido a tu propia vida.

Te invito a aprender de mi experiencia, como lo he hecho yo de las de tantas otras personas.